

FEBRERO DE 1947

HISTONIUM

(I S T O N I O)



"CABEZA DE VENUS", por Ticiano - (Florenca - Galería de los Oficios).

AÑO VIII - - Nº 93
BUENOS AIRES
PRECIO \$ 1.—

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA DE CULTURA

HISTONIUM

Circula en todo el país
y en toda Sud América

Dirección y Administración:

PARANA 464 BUENOS AIRES
U. T. 35, LIBERTAD 4041

SUSCRIPCIÓN ANUAL
Capital e Interior \$ 10.— m/n.

Registro Nacional de Propiedad
Intelectual N° 222.320

CORREO ARGENTINO
Franqueo pagado Tarifa Reducida
Conces. N° 804 Conces. N° 953

REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR:

BOLIVIA: Jorge Zeballos T.
Casilla 457 Oruro

BRASIL: João Castaldi
Rua Antonio de Godoi 122
11º Sala 118 Sao Paulo
Suscripción anual
50 Cruzeiros

COLOMBIA:
Distribuidora Colombiana de Publicaciones
Calle 34, Casa 3437 Barranquillas

CUBA:
Oficina Distribuidora de Libros
Neptuno 158 La Habana

CHILE: Orestes Sanzolini
Casilla 1779 - Fono 52279
Suscripción anual Santiago
m\$ c. 100.—

ESPAÑA: Manuel Quero, y Simón
Avda. José Antonio N° 45 -
Apartado de Correos N° 98.
Teléfonos 13344 y 75323 Madrid

INGLATERRA:
Anglo-Spanish Press Bureau
12, Duke Street Londres

ITALIA: Dr. Ignacio Weiss
Milán - Turín - Roma - Nápoles

PARAGUAY: A. Costagliola
Humaitá 102 Asunción
Suscripción anual
8 Guaraníes

PERU: "La Prensa Mundial"
Plumereros 315
Apartado 2355, Teléfono 37514 Lima

URUGUAY:
Sabina Noziglia de Cogorno
Av. Sayago 955 Montevideo
Suscripción anual
o\$u 5.—

Agentes en todas
las ciudades y
pueblos del interior

Distribuidor para la venta
en la Capital Federal
FRANCISCO CAVALLO

C. Calvo 4117 U. T. 45-7283
CAPITAL

La Dirección selecciona los artículos
para su publicación, siendo los autores
responsables de la exactitud de las afir-
maciones contenidas en los mismos: **No
se devuelven los originales.**

S u m a r i o

	<i>Página</i>
CIENCIA - TÉCNICA, Ingenium I, III, IV y	V
<i>Actualidad de la literatura</i> (editorial), P. Girosi	65
<i>Viejos monasterios florentinos</i> , E. Viviani Della Robbia	69
<i>El Poema de la Naturaleza</i> (II), D. Hernández	73
<i>El arte "instantáneo" en Murano</i> , A. G. Bragaglia	78
<i>Raúl Soldi</i> , E. Ratti	82
<i>El Carnaval de Ivrea</i> , I. Weiss	88
<i>Gogol, Roma y el Arte</i> , M. Allódoli	93
<i>Hefestos - Vulcano</i> , M. Sabiny	100
<i>La industria argentina a través de la Exposición</i> , R. L. Quartino	104
<i>Las sobremesas del Viejo Doctor</i> , A. G. Madruzzo	113
<i>Mar del Plata y la música</i> , J. F. Giacobbe	116
<i>Teatro y Cine</i> , El Duende	119
<i>Notas Bibliográficas</i> : P. Girosi, J. F. Giacobbe, B. Lurá Villanueva, L. Ezezya, P. Cossovich	122
<i>Hotería del Reposo</i> (cuento), A. Frateili	124
A SOLAS, Syria	VII
DE TODO UN POCO Y PARA TODOS, Gilliat	IX
¿QUIÉN INVENTÓ LOS ANTEOJOS?	X
CURIOSIDADES CIENTÍFICAS, Ingenium	XII



LITHO-OFFSET • TIPOGRAFICAS
ROTOGRAVURE • HOJALATA

Caoutchouc - Bronce en polvo
Franclas - Moletón - Chapas de cinc

K ORETZKY, N OGUERA & Cía.
TINTAS GRAFICAS

Administración, Compras y Depósitos
INCLAN 2541/43
U. T. 61-7733

Fábrica y Ventas
ACONQUIJA 2942
U. T. 61-4554/7718

BUENOS AIRES

IMPORTACION - EXPORTACION

MAR DEL PLATA Y LA MUSICA

por Juan Francisco Giacobbe

(especial para HISTONIUM.)

La diversidad esencial que se para al mundo clásico del mundo moderno es una diversidad "musaica". Desde que las musas (más como representación alegórica de una función del espíritu que como mero dato parnasiano) han sido sepultadas por la organización perfectamente económica de la sociedad humana, y desde que el mito ha emigrado de la conciencia universal, para hacerse heredad de unos pocos idealistas, el mundo ha perdido con ello aquella vibración cósmica y polivalente que en término gastado se llama: poesía, y ha entrado en pleno y de plano en la utilidad específica de la vida.

Mundo clásico y mundo moderno son dos mundos de rechazo y de antinomia, en cuanto a valor espiritual de la vida se refiere, y son, por ello, dos mundos de enemistad musaica. El mundo clásico, ponía en la base de toda creación (haciendo actuar la fuerza mágica del mito) un movimiento misterioso y fecundo de *música* entendida como síntesis superior de la inteligencia expresiva del verbo y el canto, y hacía que hasta las ciudades potentes se alzaran y se construyeran por mérito musical y estuvieran, todas ellas, recorridas de canto, como si en las venas de las ciudades circulara un flúido divino y celeste. Anfión levanta, lira en mano y voz en canto, la muros solemnes y potentes de Tebas y los Upanisad narran la creación de todo lo creado a través del poder om-

nipotente del canto, situado en el umbral y en la cúspide de todas las fuerzas mágicas del cosmos y del ser.

No por ingenuidad ni por ignorancia el mundo clásico asigna a la actividad musaica del hombre ese poder constructivo y embellecedor, sino por un hondo y vivo escepticismo que lo impulsa a buscar el principio y el fin de todo el ser en el fondo mismo de las actividades del espíritu y no en las funciones utilizables y utilitarias de la pura vida específica.

En el mundo moderno, en cambio, la oposición vital se fija en una pugna de contrarios, y se contrapone y se antepone a la idealidad místico - musaica del mundo clásico la sistematización económica y exclusivamente animal (en lo que de biológicamente existencial tiene el ser) formando una sociedad, en la que la organología estructural tiene la misma precisión y la misma ceguera irracional de los órganos de un cuerpo humano, reducidos a la síntesis de la anatomía.

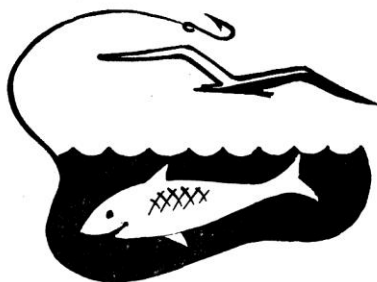
Es decir, los hombres así como ya no creen en las fuerzas

vivas del espíritu no levantan ciudades por magia de canto, ni ordenan el poder constructivo de las bellezas vitales por ansiedad musical. Mudos, torvos, duros, precisos y disciplinados como las tuercas, los tornillos y las ruedas de una gran máquina de precisión, los hombres levantan las ciudades de cemento y de materias preciosas con una angustia y una avaricia de utilidad, que alejan cada día, de los cimientos mismos de la vida, aquella fuerza musaica y dichosa que se llama: poesía.

Por eso las ciudades en sí son siempre infructuosas de canto.

Núcleos de la economía social; puntos de confluencia nacional; nunca han podido distraer su destino utilitario en favor del misterio desinteresado del arte. Por eso, la urbe propiamente dicha, nunca ha tenido voz ni música, ni danza ni poesía en un sentido recreativo y germinal. Entonces, todo le llega a la ciudad desde afuera, y se diría que el arte nace en sus límites, como la vida nace en la sangre, en la periferia misma del corazón.

Y es que *lo aparentemente superfluo* que significa al arte, *lo aparentemente ocioso* que significa a la estética, *lo aparentemente inútil* que expresa a la sensibilidad sin aplicación concreta, no pueden nacer del ritmo lógico y calculador, providente y repetido que anima el pulso sostenido y preciso de la gran ciudad. Por eso, desde un punto de vista genuino, las ciudades



modernas no crean nunca un arte. Valorizan sí, como ente histórico y económico, la capacidad

artística de una nación y una raza y pueden proyectarla hacia lo extranjero y hacia el tiempo,

pero siempre como contribución productiva nacional, jamás como fruto propio e individual.

NO hay duda ya, de que Mar del Plata se ha constituido en gran urbe balnearia, y que todas las virtudes y los defectos de las urbes están en ella agigantados, si se quiere, por la falta de estabilidad de su elemento humano. Ciudad vacía de vida durante muchos meses al año y llena hasta el exceso en otros pocos, no puede indudablemente dar de sí lo que otras ciudades de población estable suelen dar; es decir, que Mar del Plata, casi fatalmente, no puede crear y tener un arte, porque es en apariencia una ciudad, desde el momento que le falta en número el elemento civil. Su riqueza arquitectural, su rapsodismo constructivo, su polimorfía en la que se asocian y chocan los elementos más opuestos de todas las latitudes del orbe (en cuanto a gusto se refiere), la hacen una ciudad de excepción para el ojo y para el ocio vegetativo, pero le restan unidad y trascendencia para las funciones del espíritu.

Por eso no hay duda de que, al construirse Mar del Plata, no se pensó ni remotamente en el concurso de Anfión. En cambio, Crespo, dios Oro y el Caballero Don Dinero asentaron con sólidas razones bancarias los cimientos del lujo ambiente y pusieron de cara al mar las ricas y espléndidas mansiones, que recuerdan todas las ausencias lugareñas que suelen hacer los arquitectos en honor a la riqueza pagadora.

Por eso, porque Anfión no estuvo allí, ni allí concurren las Musas con su dádiva de espíritu, Mar del Plata es genuinamente una ciudad sin música y sin canto, sin transporte lírico y sin verso propio.

La podrán recorrer desde la mañana hasta la alta noche el tango y el jazz, la canzoneta napolitana y la cancioncilla del bulevar francés, y la podrán recorrer como placer y como melancolía, como goce baladí o como retazo de ausencia, pero nada de ello significa y "es" en algo Mar del Plata. Ante la tonalidad del mar, ante el salitre

del aire, ante la fuerza colorida de la atmósfera mudable, todo ello es miserando y socorrido, todo ello es remiendo y limosna.

Por eso tanto el tango como el jazz se rebajan y se deslucen y muestran allí, ante la salud ambiente, su naturaleza enfermiza y su origen de evasión ciudadana y la tristeza congénita del tango (ansia de emancipación suburbana) y el mentido dinamismo del jazz (dolor negro hecho sátira musical) suenan más crudamente a insulto, suenan más crudamente a burla social y a revancha, musicalmente embozada, de clases.

Hay, en todo ello, un mundo de falsedad en acto. Gente que vive en un clima artificial por un tiempo de vacaciones y que se lleva, así como se lleva la ropa interior en la valija, su música menuda de todos los días porque sabe que allí, en esa playa, no encontrará una de suplencia o una de repuesto; porque sabe ya que el clima le ofrecerá una cantidad apreciable de yodo, el hotelero una cantidad discutible de comida y más discutible aún de comodidad, que el casino le ofrecerá una cantidad agotadora de azar, pero que en todo ello no hay ni por asomo la novedad de una melodía, la sorpresa de un nuevo canto, la atracción de algo sustancialmente artístico de donde pueda recibir descargas de vida, la vida misma del espíritu. Piedra y carne, mar y cuerpos, cielo y comilonas, y hacinamientos sobre la arena, y saciedad repleta en las miradas indigestadas de salsas, sensualidad y sol, nos dan un total existencial de hartura animal y de despilfarro económico, pero nos dan también la pauta del desnivel entre la sociedad y el espíritu, entre el hombre y el ser.

Hay, en todo ello, una falta de actuación creativa del instinto en el momento personalísimo del goce. La efusión del canto, esa efusión unitiva, venturosa, que crea la amistad social evolucionada, falta por doquier en Mar del Plata. Hasta los pescadores, oriundos de tierras canoras, han enmudecido. Las lejanas ne-

nias, los cantos de empuje en el trabajo de la red que hacen un prodigio de arte en las costas meridionales de Italia, han hallado su tumba allí.

La radio, la usurera radio, con la usura repetida y pigmea de su propaganda comercial lo infecta todo. Una promiscuidad repugnante sale del vómito de los altoparlantes durante todo el día. El arte genial y el minúsculo, puesto al servicio de las ligas, de las zapatillas, del susensor, del lente y de las cremas que hacen aún más hipócrita la hipocresía de la "belleza", alternan día y noche, mientras la gente devora o bromea y mientras el ruido de cubiertos y platos en los comedores tiene más realidad vital que Schubert o Gershwin, que Verdi o Aguirre. Y es que la música, en Mar del Plata, no se ofrece como elemento de armonía, sino como elemento de confusión. Al atolondramiento ambiente hay que agregarle uno más, el del sonido. Y allá va la radio. Canzonetas van y vienen, tangos y fox-trots pasan y repasan, como algo que sirve para confundir más la confusión vital. Y se argumenta entonces una pregunta: esa sociedad marplatense ¿tiene o no tiene un gusto por la música?, ¿tiene o no tiene el grado evolutivo del gusto musical? Los hechos concretos dicen hasta hoy que no. Mar del Plata no nos ha dado aún una sola cadencia expresiva; no ha podido aún combinarlos un género como el napolitano, como el veneciano, como el marsellés, o como el valenciano. No ha organizado ni siquiera la explotación del arte como medio de diversión. Allí no hay teatro, allí no hay ballet, allí no hay teatro lírico, allí no hay conciertos y quitando las oportunas exposiciones de pintura que alternativamente se ofrecen, allí no hay nada que denote una inquietud del espíritu. Es una ciudad por excelencia antimusical.

Se argumentará que la gente no va allí para tener inquietudes sino para dejarlas. Pero las inquietudes del espíritu no

son, como la artritis y el reumatismo, dolencias degenerativas de la vida de las que hay que librarse, sino que son más bien riquezas fecundantes del ser que producen un acopio más vasto de elementos vitales. El caso de que Venecia, Monte-

carlo, Nápoles, Biarritz sean a la vez ciudades de la diversión y ciudades del espíritu, nos demuestra que las vacaciones no están reñidas con los goces altos del arte y de la creación humana. Venecia, por sobre todas las otras ciudades balnearias,

nos da un ejemplo de ello. No es sólo una rica ciudad balnearia, sino que es un centro universal de arte, en el cual lo baladí del ocio alterna con la trascendente del progreso del espíritu humano y la vida se totaliza hacia metas superiores.

TODO descuido en la funcionalidad social del arte, trae siempre un relajamiento del individuo y es nocivo para el futuro civil de una nación. El Estado debe vigilar, ordenar y administrar ese elemento, llamémosle, lírico de la sociedad en las vacaciones también. No es posible dejar librado al albedrío avaro e insaciable del comerciante la administración del arte, ni que use y abuse de él como vehículo de sus intereses, porque el arte sabe vengarse tarde o temprano de su mala ubicación en la sociedad. Por eso el Estado tiene que educar y llamar hacia lo superior y lo superativo al núcleo de su sociedad, aunque ésta se muestre al principio indiferente y desamorada.

No hay ninguna belleza ni ninguna conquista que no cueste una disciplina del ser, así como no hay ningún pueblo evolucionado que no haya conquistado su fisonomía, en el concierto del mundo, sino a través de voluntarias o impuestas etapas de perfección. Por ello hay que sanear las actividades artísticas, y sobre todo musicales, en Mar del Plata. Hay que convencer a la gente de que el canto hasta fisiológicamente es sa-

ludable, y que la audición de determinadas músicas es tan terapéutica y tan profiláctica, espiritualmente, como el mar en el orden fisiológico. Indudablemente, se lograría un porcentaje menor de neuróticos si la música fuera utilizada como elemento sedativo y ordenador en las vacaciones.

Habría que instalar auditorios para diversas clases de música e instalar una gimnoterapia musical que tanto provecho ha dado a muchas sociedades europeas. Habría que "musicalizar" un poco las playas con plazas de gimnasia rítmica gratuita, e invitar a toda esa juventud desorientada y confundida a ordenar el ritmo de sus días en el mar. Habría que desarrollar también el concepto social de la danza al aire libre; limpiar de prejuicios inmundos y degenerados la función de la danza en el pueblo y educar hacia la igualación de sexos la convivencia coreográfica de las juventudes. Es doloroso ver cómo la juventud no actúa como impulso de belleza en Mar del Plata y cómo, salvando lo que en sí tiene de mero accidente social el baile, la juventud no tiene ni el goce ni

la virtud del baile, aun entendido como acto de salón. Por eso hay tanta fealdad en Mar del Plata, porque respondiendo al aforismo de Nietzsche que dice: "La vida sin la música sería un error", allí el error se transforma en un muy afeitado horror.

Y hay que comenzar a hacer esto con las colonias de vacaciones. Esos niños enmudecidos, sin rondas, sin cantos, sin juegos de relación, son una irrisión para una sociedad rica. Se ve en ello demasiado la limosna, la piedad tacaña que no actúa con filantropía sino con afán de hacer notar la obra que realiza.

Hay que recurrir a Jacques Dalcroze, hacer sonreír a esos niños con el ritmo, el canto y la gimnasia y hacerles crear, a través de ellos, las efusiones del alma. El despilfarro imbécil de muchas idioteces marplatenses bien podría utilizarse allí. Y de lo contrario suprimirlas. Porque no hay nada más deprimente y envilecedor para una sociedad rica hasta el hartazgo, que la tristeza muda de los niños socorridos. Para ellos y para los veraneantes hay que volver a actualizar los principios estéticos de Dalcroze. ★

A H O R R E

un peso por mes o diez pesos por año, e inviértalos en la adquisición o suscripción de

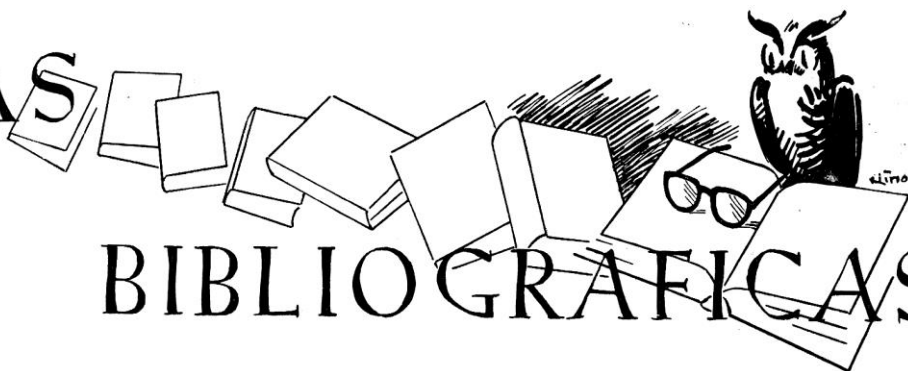
H I S T O N I U M

Contribuirá con ello a enriquecer su patrimonio cultural, el único que no está sujeto a los vaivenes de la suerte, el único del que podrá disponer en todo momento.

Paraná 464
U. T. 35-4041

NOTAS

BIBLIOGRÁFICAS



Los poemas rezagados, de NICOLÁS OLIVARI, 92, págs. Edición del autor.

Si Nicolás Olivari no fuera el escritor conocido que es, y, mejor aún, si fuera éste el primer libro de versos de un novel, surgiría de la lectura de estos "poemas rezagados" un comentario bien distinto del que voy a hacer. Sería, tal vez, un comentario hecho un poco en broma, irónico, y hasta con algunos consejos... Pero a Olivari, (que es amigo y es colaborador de esta revista) hay que tomarlo en serio, ha de hablársele seriamente, y ridículo sería darle consejos. No es que no pueda necesitarlos, sino que no los tomaría en cuenta y hasta se burlaría, quizá, del que se los diera. Estamos ya, si no me equivoco, en su cuarto libro de poesías, y él no ha cambiado, ni a pesar de los años transcurridos entre el primero y el último, ni a pesar de la madurez que esos años han debido llevarle, ni a pesar de las nuevas orientaciones literarias que van cambiando la sensibilidad del público. Laforgue y Corbière han pasado, como pasaron Balzac, Zola y... Stecchetti. Olivari sigue siendo el mismo, con toda la absurdidad de su poesía. Porque la poesía de Olivari es absurda, y no hallo en realidad más ajustado término para definirla, dado que considero absurdo llevar a la poesía temas y crudezas naturalmente antipoéticas.

Estimo que existe materia negada a toda posibilidad de arte, pero aun admitiendo que en ella puede siempre hallarse su lado o aspecto pasible de ser fuente de inspiración, será precisamente ese lado o aspecto el que Olivari no descubrirá o no querrá ver.

Presentar poéticamente una materia antipoética vista impoéticamente: he aquí el esfuerzo y la originalidad de Nicolás Olivari. Una vez descubierto el esfuerzo, toda originalidad se desvanece, y al desconcierto, al asombro, que la lectura de sus versos origina, subentra una como rebelión ante ese alarde de una originalidad que escarba en el lodo de las callejuelas del alma y de la vida, o bucea en las sucias aguas de Berazategui para cantar a los vestigios del malhusianismo... He leído por ahí que Olivari logra ofrecernos, con su poesía, "un aspecto fidedigno de la estructura múltiple de Buenos Aires": si ello fuera cierto, ¡cuán digna de lástima sería y cuán necesitada de la intervención del Departamento de Higiene estaría esta ciudad grande que logra hacerse amar siempre y por motivos bien distintos de los que inspiran la musa olivariana! ¿No será esta poesía, en cambio, el fruto de una amargura honda que, incapaz de

trocar en belleza dolorosa, arrastra al poeta hacia las ciénagas? Porque —y esto es lo que más irrita— Olivari es un poeta, y sigue siendo un poeta, aun cuando hace el poeta al revés, aun en la absurdidad de su poesía. Bastaría recordar, de este pequeño volumen, las elegías 1 y 2, "Amo el eco profundo", los "poemas" "primero y segundo", y, sobre todo, "Cuaterna vía", en que el verso libre se despliega en armonía sugestiva, y en imágenes llenas de contenido dolor, de purificada nostalgia, expresadas con cautivante sencillez. Mucho menos convincente es el "Canto a la Patria", lleno de lugares comunes, a menudo artificiosos y sumamente pedestre por momentos.

Nicolás Olivari nos confirma, en su prefacio al "hipotético lector" que este será su último libro de poesía. Es cosa de dudar, dado que lo mismo había afirmado ya en otras oportunidades. Pero sería también de desearlo, si él ha de seguir endilgándonos composiciones como "La doncella piojosa" o la "Canción de los niños que se fueron al mar", por ejemplo.

P. GIROSI.

Arquitectura peruana, por HÉCTOR VELARDE, 174 págs., y 96 láminas fuera de texto. Edición "Fondo de Cultura Económica", México.

Héctor Velarde, arquitecto peruano de reconocida capacidad y a quien se deben ya otras importantes obras de su especialización, demuestra una vez más su afán de estudioso y su capacidad de escritor en esta obra en que reseña la arquitectura del Perú, desde el período preincario e incaico hasta la época actual. Objeto principal de este enjundioso estudio es el de demostrar, a través de la presentación y descripción de las más significativas obras arquitectónicas peruanas, cómo éstas, poderosamente influenciadas por los factores principales que actúan en la formación de una arquitectura (geográfico, climatológico, geológico, religioso, social e histórico), mantienen siempre una línea estética peculiar, gracias a la cual se puede hablar de una arquitectura netamente peruana, lo que no acontece en muchos otros países de América latina. Y Velarde, en cuya obra las abundantes ilustraciones representan una fuente demostrativa de primer orden, logra ampliamente su propósito de hacernos ver, como él mismo dice, "con la mayor objetividad posible que se trata de una archi-

tectura que, aún hoy, a través de las tendencias modernas y de las grandes líneas estéticas actuales, sigue dando sus frutos propios y jugosos". Por otra parte, esta posibilidad —y necesidad— de crear una arquitectura nacional, debería constituir la aspiración constante de nuestros arquitectos sudamericanos, demasiado acostumbrados a la comodidad de las imitaciones. Es por esto que nos complace dar a este libro de Velarde también el valor de un oportuno toque de atención sobre un aspecto constructivo de nuestra un tanto adormilada latitud.

L. EZEYZA.

Wagner y su obra, por P. WALTER JACOB. Ediciones Peuser, 1946.

Es un nuevo libro de 635 páginas apretadas y densas, que viene a sumarse a la ya hiperbólica cifra de obras sobre Wagner. Concebido en tres partes reales: La vida de R. Wagner; El desarrollo de Wagner y su teoría del arte, que se explica en las obras teatrales de R. Wagner, para terminar por un ensayo sobre R. Wagner el romántico, y poseyendo además un apéndice sobre catálogo y lista de las obras del músico, sobre obras teóricas y especulativas sobre la labor wagneriana y un resumen de literatura wagneriana escogida, este libro, que es una nueva contribución a la inagotable fascinación artística del genio de Leipzig, delinea con mano segura, con acertada inflexión y con sistemática paciencia, el sentido monumental y estupendo de todo el proceso wagneriano.

Sintético, escueto y desapasionado en la parte biográfica, Jacob, sabe refundir en forma casi diagramada la vida poliforme y contradictoria del gran germano, eludiendo tanto allí, como a través de todo su libro, aquel tono de chocante idolatría y de antipático absolutismo con que casi todos los biografos de Wagner lo han adobado a través de más de siete decenios. Para dar autoridad a los datos biográficos Jacob se vale de todos los aportes epistolares con acertada intervención.

La segunda parte del libro, la más frondosa y la más copiosa por imposición de materia, abarca la exposición de los argumentos de las obras de Wagner con la indicación de los leit motiv musicales que representan a personajes o acciones. Parte esta de certero sistema, de ponderada y apreciable paciencia, viene a llenar para los amantes de Wagner, que no poseen una total instrucción musical, un vacío muy notorio, sobre to-

do si se considera que en el libro de Jacob tal materia está expuesta con sencillez y sin aparatosas elucubraciones de subórdenes literarios ni pseudo filosóficos. Y en ello tal vez resida el mejor y más valioso mérito del libro, en ese no dejarse llevar por desinencias bastardas ni por acopio innecesario de paralelismos, ya sea en el orden musical, literario o filosófico, y dando de la obra de Wagner una visión concreta y objetiva, asistido todo ello por una escritura llana y precisa.

La última parte en todas sus subdivisiones está muy bien arquitecturada, y su trazazón demuestra la lenta y larga elaboración de este libro, en el cual el autor ha sabido poner un freno a todas aquellas efusiones, a aquellos apasionamientos, a aquellos fanatismos, que durante tantos años, volcaron sobre la posición, la figura y la contribución de Wagner al arte, tantas exageraciones, ya sea de orden técnico, histórico y estético. Libre ya del enegeuamiento proselitista, Jacob sabe equilibrar el objetivismo con el subjetivismo del asunto y no se deja arrastrar por los cien mirajes que la figura tremenda, bruñida y acaparadora de Wagner tiene para todos aquellos que lo penetran en forma absolutista y dogmática.

La profusión de datos en materia bibliográfica sobre las obras de todo tipo de Wagner, el cuidado de las citas, la organización de todo el fichero apendicular hacen, por otra, de este libro un serio libro de consulta, ya que el autor no ha descuidado un solo detalle de orden enciclopédico y ha enriquecido su labor con un índice alfabético nutrido y útil.

Ha abordado también con clara visión y precisa directiva, dos aspectos de la vida espiritual de Wagner en su posición ante el judaísmo y ante Nietzsche, bordeando el primero con muy prudente análisis y al segundo con mesurada crítica.

La edición, por otra parte, cuidada, clara, atenta y muy respetuosa, hace de esta obra de Jacob, en los momentos actuales y para los aficionados al wagnerianismo, una obra imprescindible como información y consulta.

J. F. GIACOBBE.

Zona de silencio, por IDA RÉBOLI, 35 págs. Edición de la autora.

Son diez sonetos en recordación de la madre muerta, más en realidad todo el libro, de gran formato, con su elegante y sobria presentación, su magnífico papel, su impresión lujosa debida a las prensas de "Artes Gráficas" Bartolomé U. Chiesino, representa un hermoso homenaje de devoción a la memoria materna. ¿Cómo puede la crítica atreverse a hacer oír su nota algo discordante en esta casi religiosa "zona de silencio"? ¿No podría ello sonar a profanación? Por otra parte, leemos en el colofón que de este libro se ha hecho un tiraje de sólo 250 ejemplares, lo que demuestra el carácter de intimidad que la autora ha querido dar a estos sonetos. Que son íntimos también en su esencia, puesto que responden al sentimiento filial de una irreparable nostalgia. Su construcción es métricamente perfecta, pero facilitada a menudo, y con excesiva

evidencia, por la cantidad de adjetivos y participios con que logra la rima, especialmente en los cuartetos. Un ejemplo cabal nos lo da el soneto "Palabra", cuyos primeros ocho versos terminan con los vocablos *pronunciada, dolorida, encendida, saciada, alocada, enardecida, enegeuacida y arrebataada*. ¡Cuántas veces he insistido sobre las enormes dificultades para construir buenos sonetos! Entre estos diez de Ida Réboli encuentro uno solo que, a mi juicio, llena los requisitos ideales de tan ardua composición poética: se titula "Estampa", y vale la pena reproducirlo aquí, íntegro:

*Déjame oír, mecida por cipreses,
la voz antigua de la primavera;
déjame que avizore la ribera
a la que has arribado tantas veces.*

*Déjame que te diga cómo creces
y de mi ser tu mano se apodera;
y cómo en mi vigilia y en mi espera
participan tus ansias y tus preces.*

*Tú mirarás cipreses y navíos,
tú mirarás en el cristal del día
un desfilar de fábrica y de puerto.*

*Pasará todo por tus ojos fríos,
como una luminosa estampería
caída al fondo de tu mundo muerto.*

Otros sonetos tienen mayor o menor cantidad de aciertos parciales, pero ha de reconocerse que todos demuestran un sentido de dignidad y responsabilidad poética, lo que es muy poco frecuente entre nuestros jóvenes escritores.

P. GIROSI.

The three spheres of society, por CHARLES WATERMAN, Faber & Faber Ltd., London, Great Britain, 1946.

Motivos dominantes en la sinfonía de hoy siguen siendo, con desigual intensidad, la esperanza y la desilusión. La humanidad no se ha recuperado aún de los efectos demoleedores de la última gran tragedia. Sangran las heridas y duerme el espíritu. O, si no duerme, vegeta y solo atina a procurarse anodinos y narcóticos, que no tónicos reparadores. Hay sí, felizmente, algunos individuos, hombres y mujeres, dotados de conciencia social y que sienten sobre sus personas la carga de la enorme responsabilidad que la desintegración atómica (tan solo inferior en poder a la desintegración del espíritu) coloca sobre quienes piensan y sienten "en función de eternidad". A tal minoría verdaderamente selecta, creemos pertenece el señor Waterman, quien, sin ostensibles pretensiones de originalidad expone y plantea los problemas más inquietantes del mundo de hoy, y enuncia sugerencias, en procura de una solución. El autor sigue, aplica y desarrolla los principios sustentados por el extinto sociólogo austriaco Rudolf Steiner y aun cuando, explicablemente, escribe como inglés acerca de las cosas inglesas en primer término, su pensamiento excede y con mucho a las flúidas fronteras de su patria.

El monstruo totalitario ha sido vencido y humillado, pero no está muerto,

Ha dejado, por otra parte, gérmenes nocivos y activísimos aun dentro de los mismos países que durante décadas, si no siglos, predicaron y practicaron la lección democrática. Asimismo y por efecto de la complejidad creciente del momento actual, se advierte inequívoco proceso de concentración de fuerzas políticas, económicas y espirituales, no ya en manos de una iglesia o mera corporación privada, sino de parte de ese Leviatán del siglo XX, que es el Estado. Y tan inquietante proceso apenas si ha empezado a tomar cuerpo... Waterman separa enfáticamente las tres esferas u órdenes dentro de los cuales nosotros vivimos, somos y nos movemos. Acepta, por supuesto, un severo control por parte del Estado, en lo que atañe a determinadas actividades particulares, pero en la inteligencia de que aquél, el Estado, tiene la misión de velar por los derechos individuales. (El Estado para el individuo y no el individuo para el Estado, podría decir). Y, sobre todo en lo que atañe a la esfera cultural-espiritual, provincia exclusiva y autónoma del ser humano, criado a imagen y semejanza divinas, según lo entienden los creyentes. De esta manera, con el Estado a manera de protector y mediador en los conflictos sociales, se evitarían dos serios peligros que siempre amenazan a la sociedad: el absolutismo y la anarquía.

En un orden más restringido, pero bien documentado, el señor Waterman analiza los orígenes y la evolución de las tres tendencias que se advierten en el campo político-social de su patria: conservadora, liberal y socialista. Cada una de ellas simboliza y representa una corriente social bien caracterizada. Todas tienen una función específica que cumplir, complementaria, que no excluyente de las otras dos. Y lo que se dice al respecto de Gran Bretaña podría aplicarse en general al mundo entero.

En resumen: el libro que así, a vuelo de pájaro y un tanto deshilvanadamente glosamos, constituye una valiosa y estimulante contribución para los que, como el autor, miran en torno suyo y dentro de su propia alma y comprenden que sólo por vía del espíritu "que vivifica", el cuerpo físico podrá salir de su marasmo y echar a andar libremente.

E. B. LURA VILLANUEVA.

¿Adónde va el género humano?, por DESIDERIO PAPP, 190 págs. Biblioteca "Conocimiento". — Pleamar. Buenos Aires.

Esta obra del sabio húngaro, que fué vertida ya a muchos idiomas, aparece por primera vez en castellano en una traducción del Dr. Felipe Jiménez de Asúa, y revisada prolijamente por el mismo autor, quien, como se sabe, reside en la Argentina desde hace unos años. Es un libro que brinda un verdadero descanso de las exigencias de la vida cotidiana, arrastrando al lector a un mundo maravilloso, casi místico; en un mundo ya oscuro, sumido en tinieblas pavorosas y fascinadoras, ya centelleante de deslumbramientos. Y la autoridad de los autores que en el mismo se citan y la del mismo Papp, hacen que esta obra sea al mismo tiempo, realmente única en su género por la vastedad y riqueza de su contenido informativo.